

4º parte

Ilustraciones Fantásticas

6

LIBRERIA
Hemeroteca



Perfil de Mujer: Alessio Baldovinetti - 1425 - 1499
LONDON NATIONAL GALLERY

por Victor J. Esteban Martínez

d.l.: B-5523/85

Tiraje: 216 ejemplares
numerados

Nº / cent seixanta sis

EL RETRATO

Llevo algunos días esperando a que regrese. La conocí en un museo, pero no en el museo sino en uno de los cuadros del museo; ignoro su nombre y por descontado que también desconozco su edad. Sólo su perfil allí pintado me es próximo, sus demás rasgos se me han ido olvidando con el paso de las horas, no obstante sé que su espíritu es cercano al mío. Ayer cogí una libreta y me dirigí temprano al museo. Pasé toda la mañana intentando dibujar su perfil; su frente, su nariz, su labio y su cuello, pero en cuanto estuve de regreso en casa aquellos dibujos que había hecho no me recordaban a ella. Un día tras otro he vuelto al museo y la he visto allí magníficamente pintada, tan magníficamente como debió de ser en realidad. La gente cree que pasiones como la mía son propias de gente ociosa, de sensibilidades enfermizas, de caracteres faltos de personalidad que no tienen otra cosa en que pensar y que se dedican a describir sentimientos hacia objetos como cuadros, piedras o chucherías de cualquier clase regocijándose con su posesión (feticistas creo que los llaman), pero ella no es para mí ningún fetiche ni nada parecido a eso, ella es ella; y yo soy yo. El otro día pasé por el museo a eso de las seis de la tarde, pero habían retirado el cuadro del Museo, creo que para llevarlo a una exposición antológica en Florencia; allí hueco entre los otros dos cuadros, era un vacío que nadie, ningún otro rostro sino el de ella podrían llenar en este mundo, en este mundo que por lo demás es un museo de recuerdos, de antigüedades, de pisapapeles y de generaciones decadentes, un museo de arquitecturas que nos rodean por doquier, un museo dinámico y feroz de ideologías caducas y aplastantes, pero ella no, su rostro cuando me convocó por primera vez a contemplarla no era sólo la superposición de unas capas de pintura, por las que un pincel se había deslizado, era vida, más vida que la que la que se puede contemplar en muchos de los rostros que nos cruzamos diariamente. Al salir del museo estaba algo melancólico, me metí en el metro y me puse a leer el diario, las estaciones pasaban una tras otra, como luciérnagas volantes, entre vistas de reojo, bajé en una cualquiera al salir afuera estaba lloviendo. Tardó un mes en volver. Estos días los he pasado mirando mis defectuosas copias de su retrato, que durante aquellos días fueron para mí consuelo y comprensión. Hoy llevo unas cuantas horas esperando que abra el museo, ya que hoy está cerrado por la mañana y mientras espero pienso en algo que no había pensado nunca desde que la conocí ¿dónde he visto esa cara antes?; oficinas del estado, librerías diversas, encuestadoras, pasajeras del metro, recepciones de hoteles, empleadas de comercio desfilan en mi imaginación, pero no logro fijar ese perfil, esa alma atractiva de mi alma, en la que no me fijé por casualidad; repaso libros de arte, miro detenidamente sus láminas y los rostros que contienen esas láminas, en mi desconsuelo de no poder dirigirme a ella, intento descubrir otros aspectos de su personalidad en reproducciones fotográficas del cuadro que existen en otros libros, unas en blanco y negro, otras en colores más oscuros, otras con reproducciones más claras, me ofrecen aspectos inusitados de su forma de ser, pero siempre de perfil, odio el perfil ahora más que nunca. No obstante creo que después del viaje que hizo a Florencia, vino con menos luz, creo que le han robado algo de luz, quizás otro admirador suyo ¿empiezo a sentir celos?, esto es una locura, francamente, creo que no exagero, es más, me gusta su retrato.

Víctor Esteban

UNA TORMENTA FUGAZ

Sus ojos me miraban obtusamente, enfriados por el inesperado encuentro; me fijé en ellos, eran como dos piedras de granito duro sólo rayado por la sal gema. Allí, sobre la superficie del río me entretuve mirando hasta que supe que aquellos ojos eran los míos. Llevaba varias horas acurrucado bajo aquel chopo levantándome sólo que para mear de vez en cuando, en lo cual encontraba un gran placer. Los peces discurrían convergentes o divergentes bajo el agua dulce. Los insectos que recorrían la superficie, las libélulas que hacían rápidos vuelos desde la terrosa orilla hasta los juncos, las vacas que pacían entre las dos orillas, daban al conjunto un aspecto de apacibilidad y reposo. Al poco rato empezó a llover, dejé la lectura que acababa de iniciar y llevé unas manzanas desde un campo próximo. Hasta el lavadero, donde obsequié a las mujeres que aclaraman las sábanas de una gitana que acababa de casarse, a pesar de sus jocosos comentarios respecto a mí no me avergoncé, sino que les recité unos versos de Federico García Lorca que decían así:

"Bajo el agua
siguen las palabras.
Sobre el peinado del agua
un círculo de pájaros y llamas.
Y por los cañaverales
testigos que conocen lo que falta.
Sueño concreto y sin morte
de madera de guitarra."

Las nubes algodonosas y blancas de la mañana estaban ahora deshilachadas en el azul del cielo. El sol se iba coloreando hasta tomar el aspecto de una naranja junto a la flor de azahar de las casas blancas por el azul de la masa de aire del cielo que iba pasando a un tono de azul más oscuro aunque más vivo. Subí unos escalones hasta llegar a la vieja fragua; allí trabajaba un hombre junto a su hijo pequeño, el padre golpeaba con el martillo la herradura que casi al blanco tenía un color parecido al del sol de media tarde, los miré un rato; al salir, los árboles se balanceaban levemente y sus verdes hojas y amarillas se hacían al agitarse una especie de remotos signos repletos de la savia que brotaba desde las hondas raíces. El camino hasta la fragua era de polvo y en el cielo una rosa crepuscular tenía cada nube de matices policromáticos embaldos de la frescura de las altitudes. El calor, aún a las seis de la tarde era considerable, me volví al río y me agaché a beber agua dulce, siendo en ese momento cuando un pozo se quedó mirándome a poca distancia de la superficie. Fué en aquel momento en el que de repente se oscureció la tarde y cayó una súbita y fuerte tormenta; llovía solo sobre el río y las orillas proseguían tan soleadas como hasta entonces. De momento achicué el misterio a una nube baja y cargada de agua, un nubarrón aislado, tampoco hubo aparato eléctrico. Vi el arco iris cruzar de orilla a orilla el río; el pozo a una distancia de la superficie del agua seguía mirándome. Al reflejarse mis ojos en la superficie del río habían atraído su curiosidad y con ella aquella fugacísima tormenta.

Algunos días más tarde, la noche del 20 de enero, el autor de "La estación de miniatura" se presentó en la sala de exposiciones de la Feria del Libro de Madrid, donde se exhibía la maqueta de la estación de ferrocarril de la obra. La sala estaba llena de personas que admiraban la maqueta, que representaba una estación de ferrocarril en miniatura, con trenes, vagones y edificios detallados.

A. Italo Calvino

Cumplió su promesa. Los demás estaban encantados. Había conducido el autobús-miniatura por aquella carretera de Baldosas con dibujos simétricos. A ambos lados se sucedían vistas de casitas y chalets desmontables; algunos soldados de plomo y varias imitaciones de conocidos jefes de estado se sucedían desordenadamente, con los rostros deformados por intentos de imitaciones y viseras, calvas, colres de uniformes y trajes de etiqueta en posiciones características, con colores y correajes brillantes, representaban a estadistas: Roosevelt, Franco, Stalin, Patton, Hitler, Churchill todos en ademanes inmovilizados. El autobús de miniatura conducido por él no se detenía en ningún rincón de la maqueta. Seguían algunos paisajes lúnares hechos por maquetistas profesionales en los que se veían nubes espaciales y cohetes allí parados, seguían campos de batalla agujereados por imaginarios obuses y blindados detenidos por imitación de barrizales, ruinas de casas asediadas, así como soldados de las más diferentes nacionalidades apuntándose entre sí, otros caídos, banderas imitando los vaivenes del viento y otras adhesivas que colgaban de la estación de ferrocarril de miniatura, a la cual el conductor del autobús llegó en poco tiempo, el justo para que los viajeros descondieran con su equipaje y tomaran algunos diminutos tragos en la cantina de la estación transalpina antes de partir en el tren que les esperaba, el conductor, una vez en el suelo pasó por los alrededores que estaban nevados, el paisaje era montañoso, le pareció algún lugar de Europa central, Alemania o Austria; los pasajeros se dirigieron ya hacia el tren, uno con abrigo verde y sombrero gris, otro con jersey de lana rojo, una mujer vestida de azul con un sombrero ancho de color negro, todos ellos subían al ferrocarril mientras los mozos cargaban los equipajes y los familiares se despedían de los viajeros; unos niños corrían por el andén, el jefe de estación tocado con un kepis rojo, alzaba la banderita y tocaba el silbato. El tren comenzó a moverse y algunos pañuelos aparecían en las ventanillas, simulando arrugas producidas por el viento, el tren se alejó para adentrarse en un inmediato túnel por el cual desapareció debajo de una montaña de color verde. Los semáforos de la estación cambiaron del verde al rojo. Al mismo tiempo un largo tren de mercancías llegaba a la estación, mientras unos centímetros más allá se abrían las barreras que daban paso a los automóviles. El conductor del autobús se fue enfundado en su jersey amarillo emitiendo conversación con el vendedor de caramelos y bebidas refrescantes, el cual se dirigía a su vez hacia la cantina. La salida del siguiente ferrocarril fue anunciada por un toque de campanilla; al encender un pitillo de vuelta al autobús, el conductor vió encenderse la fuente luminosa de la plaza situada detrás de la estación, a lo lejos oyó también el pitido largo del tren que había partido hace poco el cual subía ondulante por las nevadas montañas. Los coches y las bicicletas, circulaban por las diminutas calles de la maqueta ferroviaria.

Víctor Esteban

Al abrir la puerta de la biblioteca municipal, algo rechinó fuertemente alrededor de mis oídos, posiblemente fuese los goznes oxidados, pensé, una segunda puerta rechinó con más fuerza que la anterior al ser empujada y fui entonces cuando mis sentidos entraron en el espacio reservado a los libros. Consulté el fichero de autores así como el de materias, cumplimenté las papeletas y se las di al jovem bibliotecario, el cual se introdujo en una segunda estancia para buscarlos. Los libros que yo había solicitado eran vigentes: "Carson of Venus" y "Lost on Venus", relatos fantásticos de Edgar Rice Burroughs y "Las dos botellas de salsa" y "El discurso" de Dunsany, mientras el bibliotecario buscaba los libros, fui a mear al water de la biblioteca y salí dispuesto a pasar um rato agradable de lectura. El bibliotecario no tardó en salir, pero con las papeletas todavía en su mano; escuché lo que me decía: -"Es que verás, estos libros son bastante antiguos y han sido trasladados de lugar, solo que no se acordaron de retirar las fichas correspondientes" - y añadió: -"si necesitas algún otro libro consúltame antes, pues hay muchas fichas sin retirar" -; llené dos papeletas más en las que solicitaba dos volúmenes de "La fundación" de I. Asimov; se las entregué, pero continuaba entrando y saliendo de la estancia algo confuso y cuando se dirigió a mí, me devolvió de nuevo las dos papeletas con una segunda negativa en forma de sugerencia: -"No sé, prueba con otros autores más modernos, como te dije estos libros son muy antiguos y han sido dados de baja de la biblioteca." -

Ante lo particular de su respuesta me resigné a hacer otras dos pruebas en otro terreno, para coger desprevenido a mi improvisado "asesor literario" -, así mis tres pedidos siguientes fueron "El señor de los anillos" de J.R.R. Tolkien en tres volúmenes, el bibliotecario tomó las papeletas y volvió a entrar en la segunda estancia aunque volvió a salir casi inmediatamente con las tres papeletas en la mano y una definitiva sonrisa: -"Ya te he dicho, son libros muy antiguos, fueron retirados en su tiempo" - harto ya de tan descabelladas respuestas le dije: -"Mira, las fichas dicen que esos libros son de edición reciente, luego no pueden ser tan antiguos como insinúas" -; en mis propias palabras advertí algo que me inquietó y avivó mi fantasía; decidí probar suerte por última vez y dirigiéndome a él dije: -"está bien, haré solo un pedido más" -; vi como el bibliotecario volvía a su cuarto y meanudaba la lectura de lo que me pareció un manuscrito, llené una sola papeleta, avanzándome mentalmente la imagen en la que por fin el bibliotecario volvía con algo entre las manos que no fuese la papeleta. -"Tómelo, dije, sino está esto me doy por vencido, definitivamente" -; penetró en el depósito de libros con la nueva papeleta en la mano; mi mente vacilaba, mi corazón latía con fuerza. En la papeleta, yo había escrito mi nombre y apellido en el lugar destinado al autor y en el lugar del título solicitada había escrito: "Fantasía Literaria", la referencia, que por supuesto inventé decía R/85-c.216; al poco rato se abrió la puerta y ante mi asombro el jovem bibliotecario apareció con un folio mecanografiado en la mano. Su gesto era de gran severidad. -"Tómelo" -, dijo, -"aquí lo tienes" - y añadió, -"es algo más reciente, has tenido suerte de que no haya sido retirado también" -; -"gracias" -, respondí con la emoción del momento. Leí apresuradamente el escrito, su título era el mismo que encabeza esta página, su contenido, igual que lo que hace un rato estás leyendo. Lo copié en un papel aparte, devolví al jovem bibliotecario el original y salí como mejor supe de la fantástica biblioteca.

EN UN LUGAR DEL UNIVERSO

En el penoso esfuerzo que para él representaba acercarse a aquellas islas estaba precisamente su idea de alejarse de aquellas otras esferas que continuamente le aconsejaban detenerse en los múltiples ángulos de sus infinitas facetas. Instintivamente desoyó aquel insensate murmullo y se apartó del resinoso contacto del huracán electrificado, así como de los múltiples ofrecimientos de dulces jugos que le llegaban a través de la piel, mayanos a la sublimación, temperatura de volcán y acomojados misterios que por una parte lo instaban a huir y por otra a correr en aquella dirección, que también lo retenían juntos a sí atrapándolo en leyes físicas contradictorias. Pensó que si por un solo instante no era dueño de su geometría espacial, sería lanzado hacia otro montón de partículas desorientadas que lo reducirían en segundos a una materia porosa en la que cualquier humedad podría penetrar. Hasta bañarlo por completo y él estaba seguro de que apreciaba la sequedad y el cálido idioma que se respiraba en aquella conjunción de intersecciones de rectas y curvas infinitas, de las que él era el inaudito vértice equidistante, duro roquedal instalado en el vacío pero que lo mantenía al corriente de cualquier avance del espectroscopio o de cualquier otro ingredio que se aproximase con el fin de observarlo. En el transcurso de su existencia había conocido numerosos y desalemtadores cubículos consagrados al número π y a otras especialidades todavía más agrias, algunas inacabablemente desconsoladas por ser la línea recta vertical e infinita su duro y desconocido final. Así que observó bien lo que estaba sucediendo a su alrededor y en el momento en que sintió que la temperatura descendía súbitamente, lanzó sus debilitados y geométricos instantos cristalográficos a lo largo del cristal a punto de formarse, fundiéndolo con su calor a baja temperatura en el mismo instante, luego, adivinó a través de la caja de cartón que lo habían etiquetado instantáneos después como ozrauc, ¿o decía cuarzo?

Víctor Esteban

AGUAFUERTE

Tiempo de peleas y cuchillos, también nubes moradas y negras, vasos de vino encima de las mesas manchadas de aceite y sudor, de tomate, aire cargado de pensamientos y humo, pensamientos en los que intervenía un obrero y un policía; no un sueño, el calor de la contrariedad, el frío y el fuego, la confusión reinante, las colillas apagadas de los cigarrillos que formaban un oscuro bodegón de cenizas. Tras ellos viajaba un animal difícilmente apreciable, un toro ensangrentado que llevaba a cuestas unos cuadros de Saenz Quizá, el famoso pintor segoviano. Tenía aquella espina clavada en su marfíz. Su pecho subía y bajaba acompasadamente, pero una mancha de tinta en el papel lo oscurecía todo. Repasaba una a una las piruetas del saltimbanqui-torero, que nunca debió abandonar su primer papel; reñiría asimismo una anécdota en la que una gigantesca lámpara, algo así como una de esas farolas que alumbran la calle, iluminaba su desconocida magia sobre una plancha de hierro caliente esparcida con polvos de talco. Iba desterrando absurdos deleites de fantasía y acogiéndose poco a poco a lo intempestivo de la realidad. Se encontraba desempleado mientras el televisor proyectaba descompasadas luces grises, negras o azules sobre las oscuras paredes de la habitación. Se escuchaban voces que describían al unísono el paso del cometa Halley por el techo siniestro del terrado. Y aunque alguna campana también narraba las anécdotas de sus once campanadas (que no significaban nada) su juego era más simple, echaba algo de carbón a una papelera que se incendiaba mientras los famosos hermanos Zetti hacían reír al pequeño público bajo la carpa del circo; se elevaban voces risueñas que exageraban fantasiosos tonos de voz. La tristeza lo devoraba colosalmente bajo las luces nocturnas del puente autopista sobre el que circulaba un trailer cubierto con una lona azul y cuando las piscinas quemadas de azul y de lejía se lamentaban bañola oscuridad en las profundidades de la luz, llevaba prisa aquel trenero que decía: Frutos Secos Corchete y que transcurría a sesenta kilómetros por hora o se estaba parado al lado de un río contaminado. También una lata de tomate se abrió de repente en el oscuro y vacío supermercado.

Victor Esteban



